salomé

no vamos a ocultar nada, no vamos a tener miedo

salomé

YO SOY
VOZ DE LA
MEMORIA Y
CUERPO DE LA
LIBERTAD

ACTORAS DE CAMBIO

historias de vida

colectiva actoras de cambio

© colectiva actoras de cambio 2011

coordinación amandine fulchiron
investigadora amandine fulchiron
traductora amelia chub
transcriptora alma sub
redacción maría josé pérez
edición chuy tinero
diseño e ilustración laura sánchez cortés
impresión editorial artgrafic internacional

Esta publicación puede ser reproducida en parte o en totalidad, bajo éste o cualquier tipo de formato, a favor de nuestra vida y libertad como mujeres, aquí y en todo el planeta.

no vamos a ocultar nada,
no vamos a tener miedo
salomé

Los abuelos

Yo no conocí a mi papá ni a mi mamá porque estaba pequeña cuando se murieron. Somos tres hermanas las que quedamos huérfanas. Nuestra abuelita nos contó que a mi papá le gustaba ir a trabajar al campo y que una vez, cuando regresó a la casa, tenía diarrea y empezó a vomitar,

vomitó toda la noche y cuando amaneció ya se había muerto. También nos dijo que no sabía cuántos años tenía mi mamá cuando se murió, pero que había sido de dolor de estómago. El lugar en donde crecimos se llama Chelema, es parte de Tucurú. A dos de nosotras nos cuidó mi abuelita y la otra se fue a vivir con mi tía. Fue la mamá de mi mamá quien buscó la manera de mantenernos; el papá de mi papá no nos ayudó.

La casa de mis abuelos no era finca sino que era de ellos. Yo no me quedaba en casa, cuando mi abuelo iba a su milpa todos nos íbamos a limpiar y trabajábamos con azadón; mi abuelo nos decía que teníamos que ayudarlo, porque no éramos muchas, pues mi abuela sólo había tenido una hija. Tapiscábamos mazorca, ese era el trabajo que hacíamos junto con mis abuelos. A veces me quedaba en la casa a ayudar porque nos rotábamos y mi hermana se iba, ella estaba pequeña y todavía no podía hacer la comida. Cuando crecí no fui a la escuela porque la escuela estaba en el pueblo, en las comunidades no había, ahí sólo trabajábamos en el monte.

El pueblo quedaba lejos, hasta Tucurú. Mi abuela hacía canastos y ollas de barro, y nosotras nos encargábamos de buscar los materiales. Después, cuando crecí, ella me enseñó a hacer canastos; a veces lo vendíamos y a veces no, el comal de barro sí lo vendíamos siempre. A mí me gustaba hacer canastos, el material para hacerlos lo conseguíamos en tierra fría. Antes vendíamos barato, los pequeños a cinco centavos, pero ahora ya subieron los precios. También jugábamos, ya no recuerdo mucho, sólo recuerdo que jugaba y me bañaba en el río con una de mis hermanas.

5 salomé

Vivir con los abuelos me gustó mucho, no había a donde ir y cuando uno hace caso, a uno lo quieren mucho. Mi abuela tenía chumpipes[1] y yo me encargaba de darles maíz. Ellos siempre fueron cariñosos conmigo, no me regañaron.

Éramos felices

A mi hermana menor, que vivía con mi tía, la llegaron a pedir, pero mi tía no quiso que ese hombre se juntara con mi hermana. Por eso después, ese mismo hombre regresó y fue a la casa de mi abuela a pedirme a mí; la costumbre de las comunidades es que no se puede que la más pequeña se case primero que la mayor. Yo tenía quince años cuando me pidió. Él vivía cerca de Senahú, yo no lo conocía, lo vi hasta que llegó a la casa; antes no le preguntaban a la señorita si quería o no, sino que los padres aceptaban y le decían a la señorita que tenía que juntarse.

Para que me viniera con mi marido, su papá llegó a pedirme, ya después me trajeron y nos quedamos en la casa de mi suegra tres años. En ese tiempo mi suegra no me maltrataba, cuando estuve en su casa me quiso mucho, me compró un corte y un güipil; quería que la acompañara al mercado, pero la verdad no me gustaba, yo no estaba acostumbrada y trabajaba mucho con su hija en la casa; además, cuando llegaron a pedirme, mi abuela le dijo a mi suegra que no tenía que acompañarla al mercado, que debía quedarme en la casa a ver lo del oficio.No me gustaba mucho salir, tenía

1 Pavos, guajolotes.

vergüenza, en cambio mi otra hermana se iba al mercado con mi tía a vender fríjol.

Cuando salí de la casa de mi suegra, me vine a vivir con mi marido a Tzalamila, parte de Senahú, y después nos venimos acá a la comunidad, porque mi marido vino a buscar trabajo en el Rancho y como nos gustó el lugar, nos quedamos. Él construyó nuestra casa y después empezó a chapear para sembrar milpa, yo le ayudaba; cuando salía la cosecha de maíz lo vendíamos y con ese dinero comprábamos nuestra ropa. Así estuve junto con mi marido, éramos felices; cuando queríamos tener animales o tener algo en nuestra casa, los dos nos poníamos de acuerdo; cuando salíamos a pasear en el pueblo, siempre estábamos los dos juntos e íbamos a las fiestas, no encontramos problemas.

Cuando íbamos a pasear a las fiestas, no salíamos en carro, sino en cayuco[2]. Íbamos hasta Panzós. Las fiestas eran en el mes de agosto y en Semana Santa. Nosotros íbamos a ver lo que hacían en la feria; también salíamos porque mi esposo era catequista y cuando iba al cursillo yo siempre le acompañaba. Así era antes, cuando él salía yo nunca me quedaba en la casa. Lo que más nos gustaba de la fiesta de Semana Santa era que nos íbamos a la iglesia a recibir misa, ahí siempre hacían procesión y a veces ahí comprábamos nuestra ropa; mi marido compraba dos pares de pantalones y para mí, corte y mi güipil. Para ir a la fiesta yo me ponía aretes y collar, pero después ya no pude, ya no tuve dinero para comprar.

2 Embarcación más pequeña que la canoa, con fondo plano.

Con mi esposo viví unos veinte años y tuve cinco hijos; tres se murieron y dos están vivos. Como antes no había atención médica, uno se murió de sarampión, el otro se murió de fiebre y el otro de parásitos. Cuando mi marido estaba vivo, cazaba animales, trabajaba en la milpa y siempre agarraba su Biblia y me empezaba a hablar de la palabra de dios, pero a veces yo no tenía tiempo o no se me quedaba lo que me decía.

Antes no había grupos de mujeres, pero yo siempre salía de la casa; como no había agua potable, teníamos que caminar lejos para lavar nuestra ropa y mi marido no me decía nada. En cambio hay hombres que no dejan a sus esposas salir solas. También cuando yo me daba cuenta de que no había nada en la casa, le decía que saliera a comprar, o a veces yo salía, porque yo tenía el dinero, él nunca llevaba el dinero en su bolsa, siempre yo guardaba y manejaba el dinero de la venta de nuestra cosecha. Una vez compramos dos cajas de jabón y cal, porque a veces no había en tiempo de invierno. Después de que me junté, llegué a ver a mis abuelos, pero desde que nos venimos para acá ya no supimos nada de ellos, desde que pasó la guerra ya no salimos a ninguna parte, por eso no estuve cuando ellos murieron, talvez se murieron en el problema, ya no escuché nada de ellos.

Los soldados en la puerta

En la comunidad en la que vivía con mi marido, a veces llegaban los guerrilleros a hacer reuniones con la gente; lo primero que hicieron fue reunir a las personas y durante la guerra tuvieron

un traductor en las reuniones, porque no hablaban el Qeqchí. Ese hombre después ya no quiso estar con los guerrilleros y entró como comisionado de los militares. Su nombre es Mateo, yo me imagino que él fue el que denunció a mi esposo, porque sabía que mi esposo participaba en las reuniones. Yo no participaba, sólo los hombres. Mi marido a veces me contaba y a veces no, no me decía nada de la guerra, sólo que tenía que dar comida para sus compañeros, por eso dimos, pero no lo queríamos decir más que a la gente que participaba con los guerrilleros, con ellos teníamos más confianza. Yo escuché que decían que los que recibían guerrilleros en sus casas, lo iban a pagar; entonces le dije: "talvez te van a venir a traer", le dije que ya no participara, pero a él no le importaba nada. No sé por qué los guerrilleros llegaron a esa comunidad, si ya estaban en la finca Polaneb.

Primero entraron las patrullas a investigar si los guerrilleros estaban ahí, se llevaron un día y pasaron alrededor de las casas. A mi esposo lo agarraron la primera vez un domingo cuando estábamos comiendo; él estaba con mi hijo mayor y cuando vimos, ya estaban los soldados en la puerta, lo amarraron y se lo llevaron a la finca que está lejos de la casa. Yo iba detrás de ellos diciendo que mi marido no había cometido delito y que mi hijo estaba estudiando, que los guerrilleros no dan la oportunidad a sus hijos para que estudien pero que nosotros no éramos guerrilleros, además les dije que los guerrilleros no tienen casas, en cambio nosotros sí teníamos, pero no escucharon. Mi marido iba diciendo, aunque estaba amarrado: "yo no estoy haciendo nada malo". Los seguí con mi vecina, pero vimos que estaban los soldados en el camino y entonces nos pasamos al otro camino. Ahí vi que mi marido ya no estaba con ellos, sino sólo

otros dos hombres, a ellos se los llevaron; me regresé a la casa y cuando llegué ya estaba ahí mi marido. Por lo que le hicieron le dolió mucho tiempo su brazo, por eso tenía miedo.

Después los patrulleros estuvieron alrededor de mi casa buscándolo, pero él no estaba, andaba trabajando limpiando arroz. Me imagino que escuchó los tiros del arma y por eso ya no regresó. Yo no sé si lo amarraron, ni vi qué le hicieron cuando lo mataron, pero recuerdo a los dos que ya habían desaparecido de nuestra comunidad porque los ejércitos decían que recibían guerrilleros en sus casas y que había llegado una persona con ellos a enseñar en las casas, pues en Panacté habían construido una casa y los ejércitos les dijeron que ellos estaban ahí cuando la construyeron, pero no sabíamos si era para los guerrilleros, para hacer reuniones. Uno de esos hombres estaba lleno de sangre y el otro estaba amarrado; se escuchaba desde lejos cuando les pegaban a los pobres y ellos estaban agachados en el suelo. Pienso que talvez eso vio mi marido, por eso ya no regresó cuando lo empezaron a buscar, por el miedo, pero al final lo encontraron y se lo llevaron.

Pasaron tres días y llegaron los patrulleros y los soldados a sacarnos del lugar, nos llamaron para ir a la hacienda. Los ejércitos estaban preguntándome: "¿dónde se fue tu marido?", pero yo no sabía. Entonces dijeron que dábamos comida a los guerrilleros y nos llevaron a la finca Pueblo Nuevo. Todas las personas se fueron, les decían que si no iban a la finca es que eran miembros de la guerrilla; ya después todos se regresaron a la comunidad Rancho, allí los patrulleros siempre llegaban a controlar.

Detrás de nosotras

Cuando fuimos a la finca, salimos de noche de nuestra casa. No podíamos ir en la oscuridad y cuando llegamos, los patrulleros pensaron que ahí venían los ladrones. Al llegar a la hacienda nos quedamos en la casa de las vacas, no en un lugar limpio.Cuando amaneció no nos dejaron salir a ninguna parte, ni probamos comida en todo el día, hasta como a las seis de la tarde nos dieron un poco. Estuvimos ahí dos días y después nos separaron, nos pusieron de dos en dos, nos dejaron en cada casa. Ahí me violaron.Yo estaba embarazada, cuando me violaron ya sólo me faltaban tres meses para dar luz a mi hijo. Los patrulleros nos llamaron de noche y nos encerraron en la casa de la hacienda, me violaron tres veces y no nos dejaron salir hasta que amaneció.

Cuando nos llevaron a ese lugar éramos tres mujeres, estábamos en la casa del alcalde de la hacienda Pueblo Nuevo y ahí estaba también el alcalde de Rancho, él no quería saber nada de lo que estaba pasando. Ahí fue cuando llegaron los patrulleros y le dijeron al alcalde que nos dejara salir, decían: "¡sáquenlas a la gran puta!", pero el alcalde no nos mandaba con ellos. Una señora tenía su hija y querían que la señorita fuera con ellos, pero el alcalde no la mandaba. Los patrulleros querían entrar en la casa y le dijeron: "si no las dejas venir, te llevamos junto con ellas", el alcalde medio abrió la puerta y ellos la abrieron a la fuerza. Entonces el alcalde nos dijo: "es mejor que se vayan con ellos, yo no puedo hacer nada por ustedes, sino, me van a matar a mí". Nos vio con lástima cuando nos fuimos, no quería que sufriéramos mucho. Así

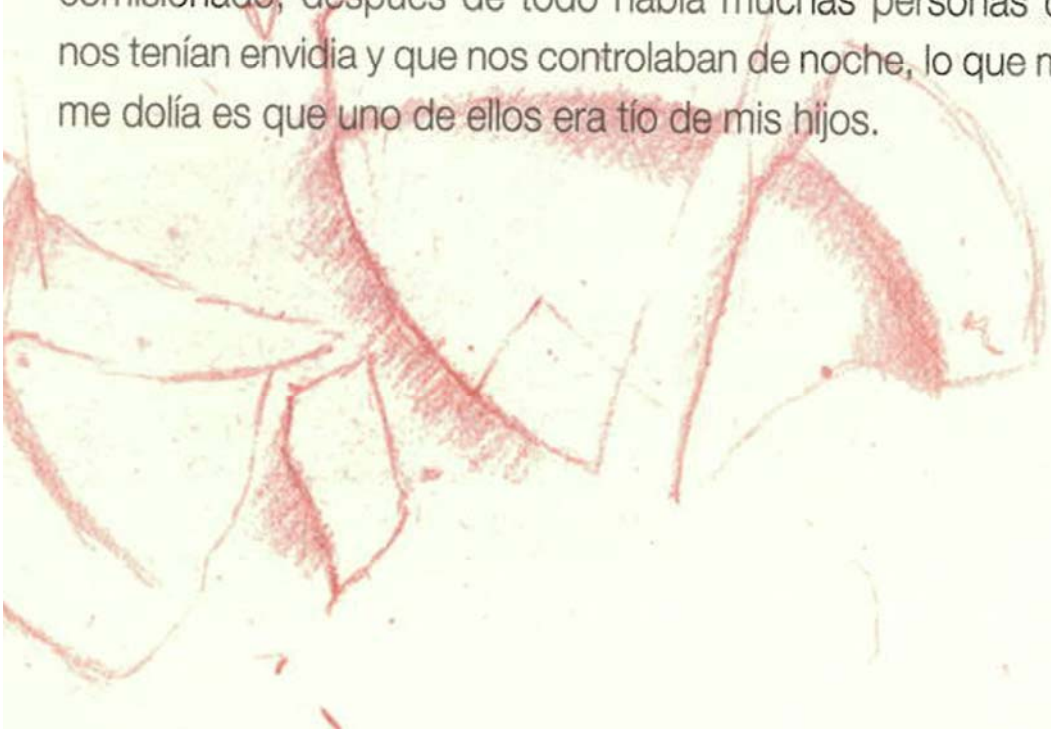
fue como los patrulleros del ejército, que estaban borrachos, nos agarraron a la fuerza y nos obligaron a ir a la casa del patrón don Gilberto; nos controlaban de día y no nos dejaban salir a ninguna parte, tenían armas, nos controlaban cuando nos bañábamos, cuando íbamos a lavar sus ropas, cuando nos dormíamos, fue triste lo que nos hicieron. En esa finca no teníamos comida, veníamos a nuestras casas a llevar maíz y el comisionado venía con nosotras.

De las mujeres que fuimos violadas, una ya no tenía a su marido, ya era viuda, pero la otra sí tenía; ellas iban a Setoloox y los ejércitos ahí las encontraron, las amarraron y las llevaron a la hacienda Pueblo Nuevo. En ese tiempo yo tenía mi niño, ya estaba grandecito, tenía cuatro años pero se quedaba en la casa del alcalde, y del otro estaba embarazada todavía; la otra mujer tenía una hija, que era la señorita que los patrulleros querían. Cuando estábamos las tres juntas no decíamos nada, sólo llorábamos, no comíamos y desde ese momento yo me quedé asustada, sufrí más que un animal cuando me hicieron todo eso.

Estuvimos ahí en esa finca tres meses, después cada quien se fue a su casa. Para irnos tuvimos que pedir permiso al comisionado. Yo me fui cuando vi que mis otras compañeras se fueron, pedí permiso porque estaba embarazada y tenía que salir de esa finca para ir a mi casa a trabajar en el arroz. Así regresé a mi casa en el Rancho, en el mes de septiembre del año 1986. Ya llevaba un mes de estar en mi casa cuando me compuse. También en esa comunidad estaban los patrulleros de noche, vigilando quién llegaba conmigo a la

casa. Como yo tenía mis gallinas y las encerraba en una olla, las gallinas hacían mucho ruido y los patrulleros que estaban alrededor de la casa dijeron que alguien estaba conmigo, que era mi marido que había regresado. Yo les dije: "si tienen duda, pues entren en la casa, para que vean si esta mi marido", y entraron pero no encontraron nada. De noche me subía a la cama con mis hijos porque me daba mucho miedo que estuvieran detrás de mi casa y los perros empezaban a ladrar. A veces salía, me iba a la casa de mi vecina y me quedaba a dormir. Muchas mujeres se habían quedado sin marido y yo tenía miedo de que me volviera a pasar lo que me hicieron en la finca; las otras dos mujeres a las que violaron después, se fueron a otro lugar, a Petén, sólo yo me quedé en esa comunidad.

Ya no podíamos hacer nada, teníamos miedo de que nos fueran a matar. El comisionado nos había dicho en la reunión: "si encuentro a mi papá y mi mamá dando comida a alguna persona, los voy a matar también, lo voy hacer parejo". La persona que mandaba a los patrulleros a controlar era el mismo comisionado, después de todo había muchas personas que nos tenían envidia y que nos controlaban de noche, lo que más me dolía es que uno de ellos era tío de mis hijos.



Parecían como perros

Desde que me fui de la hacienda ya no he regresado, tengo pena de ir porque allí me hicieron lo malo y hay personas que se enteraron de lo que nos pasó. Yo sabía que no éramos las culpables, los culpables eran los patrulleros que parecían como perros, por eso lloraba mucho, porque sabía que no me ofrecí a ellos. Las personas hablaban siempre mal, diciendo que éramos mujeres de guerrilleros y muchas mujeres estaban enojadas con las viudas, pensaban que hacíamos cosas con sus maridos y nos maltrataban. Cuando encontrábamos personas en el camino, nos decían que nosotras dábamos comida a los guerrilleros, no nos querían ver y también el jefe de la patrulla, que se llamaba Francisco Qaq, hablaba mal de nosotras. Cuando pasamos ese sufrimiento, comíamos temprano, pues de noche ya no se podía: si uno tenía encendido su candil, te empezaban a maltratar más. Cuando yo volví al Rancho, algunas mujeres me criticaban, pero ahora ya no me dicen nada, ya ven que soy anciana.

Yo me acuerdo de los patrulleros que nos violaron, los conocía, ya no están aquí sino que se fueron a diferentes comunidades. Ese señor Francisco sigue trabajando en la hacienda y tiene su casa en la aldea Remolino, yo lo he visto, está en la hacienda, sólo sus compañeros se fueron; cuando lo veo me enojo mucho, tengo ganas de pegarle, no quisiera ver su cara, quisiera maltratarlo pero no me salen las palabras; aunque me enojo más cuando veo al jefe de la patrulla, al comisionado Roberto Xol. Otro es Abelardo; él como que si fuera un perro, un día lo vi en Panzós y estaba bien bolo.

Es muy doloroso cuando desparecen los hombres, cuando una tiene su marido se siente contenta, pero cuando está sola no sabe qué hacer. Cuando me quedé así, me sentía como una tonta, no hallaba qué hacer, lloraba agachada por el dolor que sentía en mi corazón; ya no hallaba qué hacer para chapear[3] y encontrar dinero, talvez Dios me dio conocimiento. Recordaba mucho cuando antes salíamos a las fiestas, cuando me quedé sola ya no salía a ninguna parte. Después de eso nadie vino a pedirme. Igual no aceptaría otro hombre, porque escucho que el segundo marido ya no es igual que el primero y que a veces vienen problemas; también mi abuela me contaba que el segundo marido ya no es bueno y que cuando una tiene hijos, entonces el segundo marido no quiere mantenerlos, por esa razón no me quise juntar.

Por todo lo que pasó en la guerra, sufrí mucho, y también sufrieron mis hijos. El día que me compuse, cuando di a luz a mi segundo bebé, hasta ahí llegaron mis vecinas a verme y me regalaron comida y leña, así fueron pasando los días y mi primer hijo ya estaba grandecito. A él tuve que enseñarle a agarrar machete, a trabajar en el terreno que nos dejó su papá antes de morir; los dos trabajábamos mientras que al más pequeño yo lo llevaba cargado, y cuando creció el pequeño, su hermano grande le enseñó su trabajo. Ese hijo mío se dio cuenta de lo que viví en Pueblo Nuevo, escuchó cuando llegaban a traernos a la casa del alcalde y lo que decía el comisionado en las reuniones con todas las personas del Rancho, por eso ahora está enojado con Roberto Xol. El comisionado hizo mucho daño a las personas, les daba a cargar unas piedras durante

3 Limpiar la tierra de hierba y malezas con el machete.

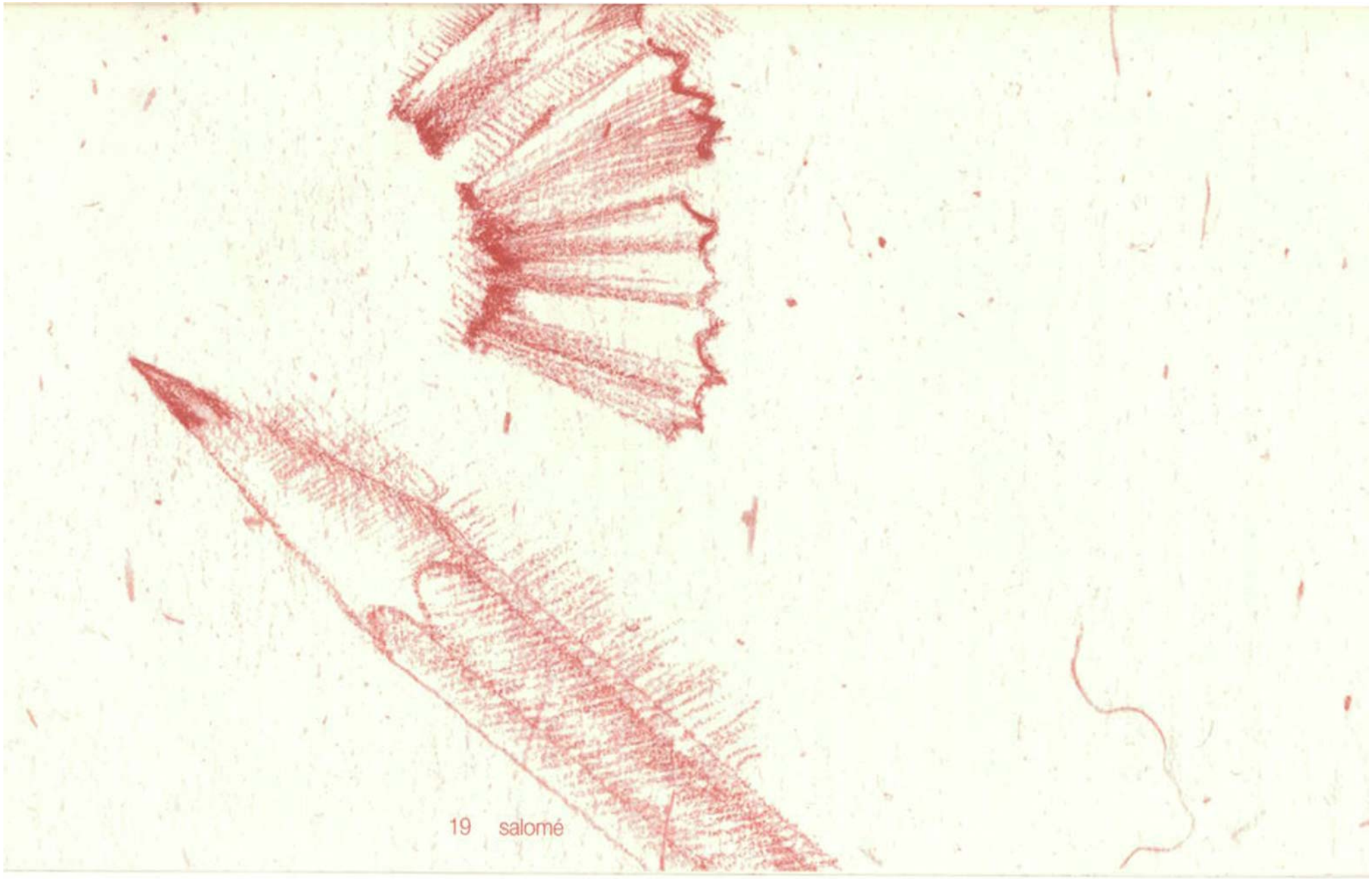
medio día y llevaba un control de las personas, hasta mi hijo ha participado en el trabajo de comunidad.

Lo que yo les enseñé

Cuando estuve en el campo con mis hijos, había muchos mosquitos como tábanos que picaban a mi bebé y yo lo dejaba debajo de la sombra de un árbol. En ese tiempo trabajábamos todo el día y llevábamos comida porque el terreno estaba retirado de mi casa y no nos daba tiempo de regresar.

Busqué trabajo para poder mantener a mis dos hijos, a veces no teníamos comida, comíamos sal o chile, y como tenía mis gallinas, las vendía para comprar azúcar. El trabajo que buscaba era ir a casa de las personas a lavar ropa y barrer, eso es lo que hacía. A veces me daban comida para mis hijos o me daban diez; eso fue cuando estaba en el Rancho. También había algunas mujeres que estaban solas en sus casas y yo me iba con ellas a quedar un día y compartíamos, con todo eso pasé los días con mis hijos.

No tenía familiares en esa comunidad, me sentía sola, primero sin mis padres y luego sin mi marido. Las personas que me apoyaron fueron mi vecina y su esposo que se llama Marcos, con su apoyo pudieron crecer mis hijos y hasta ahora tengo una buena relación con esa pareja. En ese tiempo los hombres no me querían ayudar, querían que les pagara pero como yo no tenía dinero, tuve que trabajar como un hombre prestando dinero, aguantando el sol, caminando en el lodo, vendí dos coches y con ese dinero compré dos vacas, así fue que logré salir adelante de la pobreza.



19 salomé

Mi primer hijo no estudió, en cambio mi segundo hijo sí. El pequeño se iba a la escuela con otros niños, pero cuando ya estaba grande, ya era difícil mandarlo: talvez iba a encontrar problema allí con otros patojos y además no me alcanzaba el dinero para cubrir los gastos; cuando estaba pequeño me pedían una colaboración pero cuando ya estaba grande, entonces me tocaba dar una cantidad de dinero que para mí era demasiado. Talvez ahora estaría estudiando si yo pudiera cubrir todo el gasto.

Mis hijos no salían a la calle, cuando el pequeño estaba en la escuela una vez empujó a una señorita. Me imagino que estaban jugando, pero la señorita se enojó y llegó conmigo a la casa; entonces ya no les di permiso para jugar en la calle, por eso es que no tienen amigos. Cuando iban al trabajo, llegaban a la casa hasta en la tarde. Ahora mi hijo sí me ha dicho, pero no me echa la culpa sino que dice: "si estuviera vivo mi papá, talvez yo hubiera estudiado. Como no está vivo, no estudié, porque en el estudio se necesita mucho dinero para cubrir todo los gastos". Él se ha dado cuenta de que muchos de los que están estudiando lo dejan a mediados de año. "Si a mí me hubieran dado la oportunidad, yo hubiera estudiado, no estaría ahora trabajando en la montaña; si uno estudia, encuentra trabajo en el pueblo", eso es lo que dice mi hijo mayor.

Así fue como yo les enseñé, les dije: "no quiero tener reunión con las autoridades de la comunidad por problemas, no quiero que me digan que el hijo de doña Salomé tiene problema por acá y por allá, no quiero que me maltraten ni que cuando sean grandes vayan a maltratar a sus esposas, porque hay unas señoras a las que no le gusta cuando maltratan a su hija". Esas fueron mis palabras pues ellos no tenían padre que les aconsejara, soy la única que les doy consejo de lo que deben hacer y lo que no. Lo bueno fue que ellos sí me hicieron caso, sólo una vez se vinieron a la capilla y las personas pensaron que habían robado la llave, los regañé como dos veces y ya no volvieron a ir; también les di con un lazo que tenía guardado de la vaca. A veces lloraba por regañarlos, les decía: "porque me ven que soy una mujer, por eso no me hacen caso", me imagino que así lo entendieron.

Las señoritas y tres cuadras de tierra

Mis hijos ahora ya están grandes y me apoyan, así que puedo descansar un ratito y ya no trabajo mucho. Ellos siguen haciendo la cosecha y trabajando la tierra que nos dejó su papá. Tenemos cuatro cuadras, en dos trabajan midiéndolas para cultivar, otra la dejan para buscar leña, porque si cortan todos los árboles, va llegar un momento en que ya no van a encontrar leña; la última está ocupada para el potrero. Aquí antes salía buena cosecha de arroz, se vendía bien el maíz y no teníamos que usar tanto abono, ahora ya no sale la cosecha.

Cuando murió mi esposo me quisieron quitar esa tierra pero no pudieron, yo estaba muy enojada. Antes para ellos no valíamos nada y pensaban que no sabíamos nada. Además, no querían que una hablara, nos querían dar solamente tres cuadras pero mis hijos se opusieron y me mandaron con el comité de la tierra. "No por gusto llevas mucho tiempo de estar aquí en la comunidad, para que sólo te den tres cuadras", me dijeron. Por esa razón que me dejaron otra. Luchamos mucho para tenerla y cuando la midieron, vinieron los de Fondo de Tierra y dijeron que el terreno no se iba a quedar a nombre de una persona que no estaba casada; como yo ya no estaba casada, se quedó a nombre de mi hijo pequeño, porque sólo él estaba casado, pero los dos hermanos se colaboran, se apoyan. En ese tiempo hubo personas que nos ayudaron mucho para pedir esa tierra, yo digo que si no hubiera habido gente que nos apoyara, talvez no nos la hubieran dado.

Hoy las mujeres de la comunidad ya no me maltratan, ya no piensan que les voy a quitar a sus maridos, ven que ya soy anciana. Hasta el hermano de mi esposo que nos controlaba, y que ya no quería hablar conmigo cuando me quedé sola, me habla ahora, pero porque tiene necesidad de pedir prestado dinero a mis hijos cuando ellos sacan sus cosechas. A veces todavía me siento sola y me duele mucho cuando encuentro problemas con mis hijos o con mi nuera.

Cuando estaban jóvenes mis hijos, yo les dije que me avisaran cuando quisieran juntarse con una señorita, no me hubiera gustado escuchar que andaban abrazando o agarrando, que era mejor que me dijeran y yo iría con sus papás, y que quería que me dieran dinero para que poder pedirla. Pero de todas formas mi segundo hijo fue el que primero se enamoró de una señorita y no me dijo nada; cuando vi, ya no estaba en la casa, se había ido a platicar con los padres de ella solito y no escuché si mandó carta o no. Después se fue a la casa de ella y se quedó una noche allí. Cuando regresó, me dijo: "ahora ya tengo pareja". Pensé en que yo no le había preguntado antes a la mujer si quería venir la casa y que talvez no le iba gustar lo que yo comía, pero en la tarde llegó y no encontró problema; ella trabajaba en la casa con tranquilidad y cuando yo no estaba, cocinaba y hacía todo el oficio. Así estuvimos viviendo y ya después ellos se fueron a su propia casa.

Con mi hijo mayor, yo fui a platicar con los padres de la señorita. Antes, cuando él quería su comida, yo le decía: "es mejor que busques una señorita con quien juntarte, no todos los días voy a estar, tengo que ir a reuniones o voy a

enfermar y no habrá quien te lave las ropas y haga tu comida. Así, cuando yo salga a cualquier lugar, tu esposa va estar aquí. Mira, tu hermano ya se juntó". Y él me dijo: "tú sabes si ya te aburriste de lavar mis ropas, pues si quieres anda a busca una mujer". Yo después le dije: "tú me vas a decir dónde voy a ir", y él me dijo: "donde".Entonces me fui con su padrino a buscar, aunque no fue tan rápido, fuimos a hablar con los padres de la muchacha siete veces. No es que ella no quisiera venir, sino que su papá no quería porque estaba estudiando para su confirmación en la iglesia católica y fue bendecida por el obispo, por eso nos tardamos tanto: pasó un mes después de la confirmación y hasta entonces se fue la mujer a mi casa. Yo los junté, llegaron sus padres y también invité a sus padrinos, hice una fiesta con caldo de gallina, así fue cuando mi hijo se juntó con su esposa.

Yo pedí a esa muchacha porque creí que ella quería a mi hijo, pero cuando ya estaban juntos había veces en que lo maltrataba; talvez su papá la obligó a juntarse. Ella se enojaba y me maltrataba también, no le gustaba cuando una le regañaba. Yo trataba de decirle: "así tienes que hacer", pero ella me decía: "es que así aprendí con mi mamá y así lo tengo que hacer".Peor cuando regresaba de la casa de su mamá o cuando se quedó embarazada, me decía muchas cosas. Entonces yo le decía a mi hijo: "si quiere salir, hay que dar permiso, o que se vaya de esta casa, que vaya con su papá", pero mi hijo me decía: "es que yo siempre le doy su permiso. Si ya no quiere vivir conmigo, pues está bien". Por eso es que yo no tengo buena relación con ella, sólo con mi primera nuera, mejor no hablo con la segunda para no

meterme en problemas. Ella es muy joven, talvez se enoja mucho porque no quería casarse.

Hay veces que mis hijos fallan y yo les digo: "¿porqué hasta ahora me están fallando? No quiero problema con mi vecina, ni que cuando yo esté muerta las personas mencionen mi nombre". También les digo que es malo que chupen cuando salen a pasear, de repente les pasa algo y ya tienen esposa, incluso tienen hijos. ¿Es eso lo que van a enseñar a sus hijos? A veces maltratan a sus esposas, yo les digo que no quiero que me llamen a una reunión, eso es una vergüenza para mí. Hablo con ellos de cómo estuve con mi finado marido, me doy cuenta cuando ellos se enojan con sus parejas y sé que cuando uno está enojado en su casa, las cosas se empeoran. Cuando uno tiene familia debe de estar feliz en su casa, con los hijos, les digo que su papá no era enojado y que cuando estuve con él, nunca me pegó.

A pesar de los problemas que hay a veces, estoy contenta de haber tenido a mis dos hijos porque no me dicen nada y no me han maltratado. Mi hijo menor siempre me pregunta cuando vende algo y cuando llega a la casa, pregunta a su esposa: "¿ya le dieron de comer a mi mamá?". Ya los dos tuvieron hijos, son dos niñas pero sólo sé el nombre de una, es Marisol. La que nació primero tenía una semana cuando nació la otra. Me sentí muy contenta aunque también me enojé en un principio, porque quería un varoncito para que ayudara a su papá y me fuera a traer leña, para que me ayudara un poco pues ya estoy anciana; después pensé que también puedo enseñar a una niña a buscar leña, a trabajar en el campo con la milpa y a abonar, y tal vez ella va luchar. Cuando nacieron mis nietas no hicimos nada de fiesta, talvez la vamos a hacer cuando cumplan un año.

Mis hijos se preocupan de mi bien. Cuando me enfermé me daban medicamento; me querían dar inyección pero yo no quería que me inyectaran, por eso me enfermé más. Nunca me había enfermado cuando crecieron mis hijos y ellos se asustaron. Yo me sentí apoyada por ellos.

"Te saludo, don Manuel"

Siempre he participado, participo en CONAVIGUA desde hace como quince años, a veces en Sepur, a veces voy a pie a El Estor o a San Antonio. La que nos reúne es doña Juliana, ella usa corte envuelto y organizó el grupo de mujeres. Mis hijos todavía estaban pequeños cuando yo empecé a reunirme; el

más grande se iba conmigo, después se quedaba a cuidar la casa y el pequeño me acompañaba.Antes en CONAVIGUA éramos muchas, poco a poco se fueron saliendo y dejaron de participar, ya no querían.

En esta otra organizaron (Actoras de Cambio) estoy con confianza para poder decir lo que me pasó con la violación; a nadie le había contado hasta que, con algunas mujeres del grupo, conté a las entrevistadoras cuando fuimos a El Estor. El grupo es importante para mí para conocer y aprender nuevas cosas. Antes, cuando estaba en mi casa no aprendía nada, en cambio ahora sí estoy aprendiendo y por eso estoy contenta, hemos aprendido nuevas cosas entre nosotras. Antes no habíamos salido a ninguna parte, antes no había grupo de mujeres, sólo de viudas, por eso también estoy participando en CONAVIGUA.

Mis hijos a veces me decían que dejara de participar, pero yo no quise porque sé que tengo que luchar para salir adelante; quiero lograr justicia, para que sufran lo mismo que sufrimos nosotras, para que se castigue a los responsables y para que la organización nos apoye en todo el proceso. Por eso hasta que me muera voy a dejar de participar.

Ahora mis hijos sí saben lo que me pasó en la guerra y me apoyan para seguir luchando. Una vez iba a dejar de participar pero después pensé: "de nada me sirve si dejo de participar". Además estoy colaborando con mis hijos en la reunión del PNR, nos gusta de lo que hablan ellos, nos dijeron que nos van ayudar, hablaron de los documentos y también dijeron

que ahora nosotras las mujeres tenemos derecho de ir a la municipalidad a sacar todos los documentos que nos hacen falta; dijeron que no están pagando la vida de nuestros maridos sino que es por todo lo que se nos perdió en la casa, por eso me puse contenta, porque ya llevamos mucho tiempo de participar en las reuniones y hasta ahora hemos encontrado un apoyo de dinero. Yo quiero comprar un molino de nixtamal para que salga un poco de ganancia; ya di un poco a mis dos hijos y ellos ya compraron sus vacas, yo también compré una vaca y me quedé con algo. En total tenemos cuatro vacas.

Pienso que ahora no vamos a ocultar nada y no vamos a tener miedo de hablar de lo que nos hicieron los militares. No sólo voy a hablar de la muerte de mi marido sino también de lo que me paso a mí, y el dinero que recibamos nos va servir para seguir luchando. También resarcimiento va exigir justicia. Estoy de acuerdo con las dos cosas, para que el gobierno se dé cuenta de que nos estamos organizando para exigir justicia porque violaron nuestros derechos. Eso lo he pensado hace poco, porque antes, cuando hablaba de eso, me dolía mucho; ahora siento que ya no me duele tanto, que ya se me está quitando la tristeza poco a poco, desde que empecé a participar en este grupo estoy sacando todo el dolor que tenía en mi corazón, estoy contando mi historia. Antes dolía mucho, me dolía en mi estómago y ahora ya no estoy igual, me alegra mucho cuando salimos a pasear a diferentes lugares y compartimos.

Antes soñaba mucho a mi esposo, veía que él regresaba a la casa así como regresaba antes de su trabajo; ahora ya no lo sueño, ya hace años que lo mataron. Hoy quisiera decirle: "te saludo, don Manuel. A veces me siento contenta ya veces no, por lo que te hicieron y por lo que me hicieron, por eso quiero pedir justicia".

Polochic, 2006

En 2005, Salomé se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.

1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".

Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro "Tejidos que lleva el alma".

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

COLECTIVA
ACTORAS DE CAMBIO

Ajuntament de Barcelona
Cooperació
Fundation Pro Victimis Genève
PCS Consultoría de Proyectos Project Counselling Service
IDRC International Development Research Centre
CRDI Centre de recherches pour le développement international

actoras de cambio